

Fernando Savater

Ética sin ideologías

«Ética es una palabra que estamos oyendo continuamente y quizá con un cierto exceso la ética se ha convertido en una especie de arma arrojadiza. La ética se convierte en un discurso que uno hace para censurar a los demás. A mí me parece que hay una cierta mala colocación del tema de la ética. La ética es una especie de elemento censor o calificador de los otros».

Con estas palabras comenzaba el ensayista y profesor de Ética, *Fernando Savater*, la primera de las cuatro conferencias que con el título general de «Ética sin ideologías» impartió en la Fundación Juan March, entre el 7 y el 14 de enero. El martes 7 de enero habló de «Las ideologías y la Ética»; el jueves 9, de «¿Pluralismo o relativismo ético?»; el martes 14, de «La imposición del bien: El paternalismo ético»; y el jueves 16, de «La educación moral hoy».

Se ofrece a continuación un amplio resumen de este ciclo.

Uno utiliza la ética como un repertorio de signos más o menos taxonómicos de los demás y los califica de acuerdo con unos baremos. Esto me parece inquietante, no porque de la ética esté excluida la posibilidad de hacer consideraciones generales sobre las sociedades, los colectivos, sino porque eso es lo menos importante, lo menos relevante de la ética.

La ética es una reflexión sobre la libertad, sobre el arte de vivir, y sujetos libres, cada uno de nosotros, sólo conoce a uno, y es él mismo. A los demás los conocemos por sus efectos, por sus acciones; suponemos que serán como nosotros, por supuesto, y les extendemos el beneficio de la libertad, como a todos nosotros, pero desde el punto de vista de la acción, de las intenciones, de la libertad, cada uno sólo se conoce a sí mismo. Por lo tanto, ante todo, la reflexión moral no es un instrumento frente a los otros, sino un instrumento para reflexionar sobre la mejor vida que uno debe elegir para sí mismo.

Además de esto, hay otra hinchazón, me parece, en el campo de la ética, que son estas imágenes derrotistas, de hundimiento generalizado, y

que se traducen en esas frases que a uno le suelen preguntar: «¿cree que ya no tenemos valores, que se han hundido...?» La pregunta inmediata, claro, es decir: pero bueno ¿usted qué quiere decir, que le da igual que la gente robe o mate? Y es que, que los valores existan, no quiere decir que esos valores sean acatados por todo el mundo; los valores, en realidad, son precisamente aquellas cosas que consideramos deseables y que cuando faltan en nuestro alrededor, las echamos de menos.

También hay, en nuestro tiempo, una plétora de exigencias éticas, como si los valores éticos fuesen los únicos que tienen verdadera relevancia en la vida. ¿Por qué hay esa especie de desaparición de todos los valores, salvo los éticos? Me parece grave que la palabra ética, la palabra moral, cubra todo el espectro posible de todos los valores posibles. Todos los valores para ser presentables deben ser presentados como éticos, y si no es así, cunde ante ellos una cierta desconfianza. Si alguien dice: he tomado una decisión por razones estrictamente políticas, todo el mundo piensa inmediatamente que eso es algo nega-



Fernando Savater (San Sebastián, 1947) cursó estudios de Filosofía en Madrid, en donde se doctoró con una tesis sobre E. M. Cioran. Ha dado clases en Madrid y actualmente es catedrático de Etica en la Universidad del País Vasco. Tiene una amplia bibliografía, tanto académica como de ficción y ensayo creativo. Es premio Nacional de Ensayo 1982 por *La tarea del héroe*. Otras obras suyas son *Nihilismo y acción*, *Invitación a la Etica*, *Panfleto contra todo*, *Etica como amor propio* y *Humanismo impenitente*. Es codirector de la revista *Claves de razón práctica*.

tivo, basado en intereses inconfesables, etc. Esto es absurdo: un político podría y debería actuar bien por razones políticas que fuera capaz de explicar y razonar, sin escudarse en razones éticas.

Por eso quiero plantear la relación entre las ideologías y la ética, y por eso hablo de ética sin ideologías. ¿Por qué? Bueno, las ideologías hasta hace muy poco han sido una de las panaceas para denostarlas, para decretar su fin. Todo era ideológico o no. Hay una cierta similitud entre la hipertrofia de la palabra ideología hace unos años y la palabra ética en nuestro tiempo.

Se dice que nuestra época es post-

ideológica, que las grandes ideologías han muerto. Es cierto que han desaparecido unos discursos ideológicos muy sobredeterminados. Es cierto que ideologías muy posesivas durante los años de la posguerra se han ido desvaneciendo. Pensemos en las derivadas del marxismo o de la aplicación práctica del marxismo, el socialismo; pero también otras ideologías, como el liberalismo en sentido estricto o ideologías de las grandes iglesias o de orden científico, el estructuralismo, cosas así.

Todas éstas están o desvanecidas o muy amortiguadas, o simplemente comparten el espectáculo con muchas otras cosas, y, por lo tanto, no tienen ya aquel papel primordial que tenían entonces, cuando había que ser marxista o antimarxista, estructuralista o antiestructuralista, cuando el psicoanálisis ocupaba el centro de nuestra recepción. Tenían un papel protagónico que hoy no tienen, evidentemente. Pero ¿esto quiere decir que han desaparecido las ideologías? Yo creo que no.

Vivimos en un mundo de calderilla ideológica, y esto no es ni bueno ni malo, creo que es así y así lo digo, sin ánimo peyorativo. Calderilla ideológica en el sentido de que ha habido un gran capital ideológico en un momento determinado, grandes inversiones, valores en un sentido bursátil, pero también en el sentido político, religioso, científico. Y hoy se vive con una calderilla, con una fragmentación del discurso ideológico; hoy el menú ideológico es mucho más amplio. Todos formamos nuestro cóctel ideológico, tomando aspectos de aquí, de allá, con retazos, con calderilla de otras ideologías, mucho más solidas, pero ya periclitadas.

¿Pluralismo o relativismo ético?

Podemos preguntarnos si hay unos valores universales, válidos para todo el mundo, con una exigencia que no

puede ser pospuesta, y en nombre de la cual podemos imponerla con la convicción de que eso es lo bueno. O, por el contrario, ¿debemos asumir que hay muchas maneras de ver las cosas, valores diferentes? Y por tanto, si queremos ser tolerantes, no cabe más que respetar todos esos valores de una manera igual, siguiendo la línea válida para nosotros, pero respetando la de los demás.

Esto tiene muchas implicaciones, como es obvio; implicaciones en la conducta personal, pero sobre todo implicaciones en el nivel público, incluso de una política global, referente a cosas como los derechos humanos (dónde, cómo, cuántos y cuáles deben ser exigidos). Es decir, todo esto tiene una importancia que a mí me parece crucial en nuestras vidas, porque además cada uno de nosotros (sobre todo los europeos, europeos de un cierto momento, finales del siglo XX) estamos viviendo ámbitos sociales muy mezclados de valores, cultos, adicciones, servidumbres y exigencias de respeto, y todo esto va a chocar, va a exigir su modificación, y todo esto evidentemente nos compromete.

¿Es cierto que todas las éticas, las morales, son realmente tan diferentes como parecen a una visión inocente? ¿Hasta qué nivel llega esa diversidad en las valoraciones? En apariencia, es evidente que los valores, normas de conducta, cosas apreciadas o despreciadas, son muy distintas (compárense las normas de conducta de un guaraní o de un noruego). Pero esa diversidad ¿hasta qué punto llega?

No es cierto, a mi juicio, que los valores éticos sean tan diferentes en unas civilizaciones como en otras. Hay una amplia gama de todas aquellas actitudes o cuestiones que provienen más superficialmente de reglas de identificación, de distinción del grupo respecto a otros grupos, reglas de sumisión del individuo al grupo (hábitos higiénicos, alimenticios, etc.).

Estas son cualidades que varían mucho de un grupo a otro, efectiva-

mente; pero los valores prácticos, lo que verdaderamente afecta a la actividad humana y a la idea de lo que es preferible que el hombre sea o haga, ¿varían tanto en unas civilizaciones y otras? No conozco, por ejemplo, ninguna civilización que prime valores de debilidad respecto a los valores de fuerza. No hay civilizaciones que consideren que decir una mentira es mejor que decir la verdad. ¿Por qué? Pues porque la mentira es una debilidad. Nadie miente por fuerza; en todo caso se miente por piedad, pero nadie miente por sentirse fuerte. La mentira es un subterfugio del débil. No se prima tampoco la cobardía frente al coraje.

Y es que las morales están al servicio de la vida, por decirlo de una forma clara. Las morales lo que quieren es enseñar o valorar aquello que ayuda a vivir bien. En unos casos, lo que ayuda a vivir bien al grupo, porque no se distingue la unidad individual como algo distinto; en otros casos, lo que ayuda a vivir a ese individuo cuando ese grupo se ha roto.

Lo que todas las culturas han valorado como ético es aquello que refuerza la vida. Incluso las religiones que han prometido toda clase de premios para el más allá, para quienes renuncien a cosas en este mundo y las aplacen; incluso en eso, se trata de un reforzamiento de la vida, puesto que se promete más vida, una vida eterna. Siempre lo que se promete es vida. Y todos los grupos culturales lo que intentan es reforzar el destino vital del individuo, reforzar su capacidad de enfrentarse con la debilidad y con la inercia. Vemos, pues, que hay cosas que las morales no aconsejan.

Es cierto que lo que los hombres tenemos en común en este terreno ético es probablemente importante, pero en cambio la diferencia de actitudes grupales para vivir en estas cuestiones es tan distinta y estamos tan aferrados a la superficie, que realmente la propia esencia, la propia idea de lo que es mentira/verdad, cobar-

día/coraje, varía mucho. Hay, sí, un fondo común entre los hombres, pero ese fondo común está tan permeado por estructuras también de acción, de moral, etc., enormemente divergentes, que ponerlo fuera, intentar verlo con claridad, es realmente muy complicado.

Pero, claro, peor es caer en un relativismo cultural absoluto. Creer que las culturas son una especie de bloques aislados unos de otros, que cada una tiene su propio devenir, son ideas del siglo pasado, que han sobrevivido de muy distintas formas hasta nuestros días. Es esa idea de que el hombre en el fondo es siervo de la gleba, está integrado en su grupo, en su tierra, y no tiene más que seguir lo que la masa sanguínea y cultural le indique. Frente a esto conviene recordar que hay cosas comunes, pues ¿no es cierto que hay constantes?

Se viene hablando de la idea de que la ética es universal: ¿qué quiere decir esto exactamente? ¿Quiere decir que todo el mundo tiene que comportarse de una misma manera y que tenemos derecho a exigir que todo el mundo se comporte de la misma manera? En realidad, universalismo ético quiere decir que alguien decide, desde su actividad libre, comportarse de la misma manera con todo el mundo.

Es una especie de imperialismo ético el pensar que los progresos llevan a una codificación de los derechos y libertades que públicamente deben ser reconocidos como mínimos en una sociedad para que sea mínimamente tolerable, y que esos derechos pueden ser codificados y que, aunque se hayan inventado en un lugar determinado, tienen valor para otros y que la negación folclórica («aquí no se lleva esto») no tiene peso frente a la exigencia de esos derechos. Hasta este punto estoy de acuerdo. El problema es cuando esos derechos sólo van a ser impuestos en el beneficio de unas relaciones comerciales con una superpotencia, y en cambio no se van

a convertir en verdadera emancipación política.

El paternalismo ético

Este es un tema que tiene implicaciones importantes, no sólo teóricas sino también tiene implicaciones interesantes en el campo institucional, jurídico. Cabe preguntarse: ¿es posible imponer el bien? En ciertos aspectos es evidente que se puede imponer el bien (hay cosas que todos consideramos buenas, preferibles a las contrarias), pero ese bien no es un bien ético (es un bien social, político, jurídico, pero no el bien ético), pues el bien ético no se puede imponer, porque no es un resultado como son aquéllos. Hay una diferencia entre la intención de las personas que no hacen determinadas cosas o que hacen determinadas cosas, porque tienen una intención ética, moral, porque quieren el bien moralmente, y otros que lo único que quieren evitar es un castigo o una coacción exterior.

Es interesante disuadir a determinadas personas de que hagan el mal a través de coacciones, o incluso quizá recompensar a las personas que hagan cosas positivas, pero evidentemente esto no es una cuestión ética. El resultado es siempre bueno, pero desde el punto de vista de la ética no es lo mismo.

Todos sabemos que quisiéramos vivir en un mundo en que el bien se buscara no por coacciones. Esta intención es propiamente la que interesa a la ética, la idea de que hay intenciones mejores que otras. A lo mejor esa intención no tiene, en un momento determinado, un resultado bueno (la persona que se tira con la mejor intención del mundo al río para salvar a un niño, de pronto recuerda que no sabe nadar o que sus conocimientos natatorios son menores de los que él creía y se ahoga junto al niño o no logra salvarlo o salva al niño, éste crece y se convierte en Adolfo Hitler

o en alguien de su misma ralea y entonces todo el mundo dice: por qué se tiró al río aquel día...).

Efectivamente no siempre la intención es recompensada desde el punto de vista efectivo. Es posible que la intención no sea recompensada, pero ninguno dudamos de que esa intención tiene un valor positivo y ese valor positivo es lo que interesa a la ética. El hecho es que a veces tenemos que plantearnos qué es lo que quisiéramos que ocurriera en el mundo. Por eso la ética es lo que está verdaderamente en nuestras manos. El mundo no es como nosotros queremos (eso nadie lo duda), pero hay una parte del mundo que sí puede ser como nosotros quisiéramos que fuera el mundo entero, y es nuestra conducta. Esa es la importancia de la ética.

Entonces, este planteamiento no choca con la idea de una posible imposición. No se puede imponer a la gente que sea buena. La ilusión de imponer el bien es contradictoria. Ese es el sueño del paternalismo social, que el bien se puede imponer. Estas cosas son obvias, pero sitúan el grado de esta hipocresía-ambiente que hay en el tema de la ética, y que va acompañada del paternalismo. Hipocresía y paternalismo siempre van de la mano. El paternalismo intenta lograr que el hombre sea bueno, por mucho que quisiera ser malo. Este es el disparate paternalista. Piensa que a los hombres se les puede obligar a ser buenos, no a portarse bien (a portarse bien, más o menos se les puede obligar en ocasiones; a que sean buenos, no se les puede obligar).

Pretende esa imposición crear en cierta forma un clima familiar en el Estado. El mundo de lo público es el mundo de la libertad y el respeto (el mundo del amor es el de la familia, que no exige reciprocidad). Es este mundo familiar el que el paternalismo trata de crear en el mundo.

De todas formas, hay que reconocer que algunas normas hay que im-

poner. Eso es cierto, hay que establecer esas pautas. Un estudioso norteamericano, Buchanan, distingue entre las normas constitucionales y las normas postconstitucionales. Las normas constitucionales son las que marcan las líneas básicas de relación de un grupo, es decir, las reglas de juego fundamentales. Y hay que reunirse para instituir esas normas entre unos y otros.

Luego están las normas postconstitucionales: cómo vamos nosotros, dentro de esas reglas de juego, a movernos. Cuáles son las formas que vamos a ejercer; esas cosas que afectan a la diversidad de las vidas privadas dentro de una sociedad civil. Ya no vivimos en una tribu, somos una sociedad y los rituales privados (placer, sentimentalidad, sensualidad) son individuales o de grupos de personas electivamente juntas por sus intereses.

Dentro de este planteamiento hay una serie de comportamientos que no pueden ser sujeto ni de una presión general ni tampoco tendrían que serlo de ninguna imposición paternal. Puede ser que nuestros vecinos desapruen algunos de nuestros comportamientos, es una cosa perfectamente libre, no hay obligación de que todo el mundo encuentre bien lo que hace todo el mundo. Hay que aprender a convivir con lo que uno desapruueba, sin dejar por ello de desaprobárselo. El problema es cuando eso se convierte en agresión o en mutilación de algunas de las normas convencionales o constitucionales fundamentales.

A este tipo de deseo de la sociedad, de imponerse incluso en lo postconstitucional, en lo que afecta al deseo, el capricho o el vicio de los individuos, esto que es el campo del paternalismo, es lo que se llama «delitos sin víctimas», en expresión de Emilio Lamo de Espinosa. Delitos sin víctimas son aquellos delitos en los cuales no hay una verdadera víctima porque la supuesta víctima es también culpable del delito. Delitos como el

juego, la prostitución, la droga. Uno puede aceptar que la persona que cae en ese tipo de comportamientos desordenados en el fondo es víctima. Pero eso no quita para que esas víctimas sean a la vez culpables, pues eligen aquello que están haciendo, a diferencia de la anciana que va con su bolso por la calle y un chico con una navaja se lo quita.

Los otros quieren, de una manera turbia, conmocionados por todos los abismos que nos mueven a los seres humanos a querer o dejar de querer, pero *quieren*. Y normalmente tienen una determinada idea de aquello que quieren. Son delitos que no tienen una víctima exterior, salvo que las circunstancias ajenas sociales impongan que esos comportamientos se salden luego con víctimas. El caso de la droga es paradigmático.

Hay, pues, unos delitos que están basados fundamentalmente en la complicidad esencial que hay entre el posible delincuente y la supuesta víctima, que también es delincuente en cierta medida. De ahí esas ambigüedades de si hay que considerar al drogadicto un delincuente o un enfermo. Qué se hace con una persona que quiere el delito que se supone que le perjudica, porque si no no sería delito.

Estos delitos sin víctima tienen otro peligro, y es que crean ese ámbito en el cual nos movemos habitualmente: es el ámbito de la tentación exacerbada. Nada es tan tentador como esas cosas que el paternalismo prohíbe. Y esos no son delitos simplemente que uno hace para algo. El delito sin víctima no es un delito que se hace *para*, sino que se hace *por*.

La educación moral hoy

No se trata de hablar de la educación moral, en el terreno puramente familiar, sino de si se puede enseñar, o se pueden acercar los problemas morales a un chico de doce, catorce

años, sin caer en ese paternalismo, al que ya nos hemos referido. Es decir, sin tratar de sustituir su conciencia con nuestras convicciones, sin tratar de poner nuestra verdad en lugar de plantar una semilla de inquietud por la búsqueda de la verdad.

Vivimos en sociedades relativamente plurales, donde hay muchas formas de vida, muchos enfoques políticos, de costumbres, pero no es verdad que sean absolutamente abiertas como para no necesitar enseñar cosas. Por eso, crear la impresión de que no se debe decir nada a un chico, porque todo es o una imposición absurda o romper el sacrosanto pluralismo, me parece una forma de hacer trampa, de dimitir de una responsabilidad que uno debe asumir. Siempre me ha parecido una tontería eso de que el padre debe ser el mejor amigo de su hijo; pues no señor, su hijo ya tendrá amigos y amigas. El padre debe ser padre, y punto. Hay que cumplir la función que se tiene, que no siempre es simpática ni gratuita desde otros puntos de vista, porque vivimos en una sociedad que está enfebrecida por ser joven todo el tiempo, y nadie asume el paso del tiempo, ni de su madurez, ni la reflexión que el tiempo va influyendo en la persona, pues todo el mundo quiere ser una mariposilla juvenil eternamente.

Esto, evidentemente, no es una muestra de tolerancia ni de verdadero interés por el hijo, sino un intento de dimisión de un papel que tiene esos problemas, que tiene esas contradicciones. De modo que hay que asumir que los padres, los adultos, en sentido general, tenemos un tipo de papel, tenemos que dar ejemplo de reflexión de lo que hacemos, y no sólo un ejemplo de lo que hacemos. No simplemente mostrar que trabajamos, que hacemos cosas, sino que tenemos una posibilidad de reflexionar sobre lo que hacemos, y mostrar un rostro realista, es decir, de flexibilidad y de firmeza, sin disimular decepciones, dudas, perplejidades. □